

## ¿Estamos en la Selva?

\* \* \*  
Quiere el cronista relatar aquí, para información de los lectores y objeto de reflexión de las autoridades, un curioso suceso real en el cual entran en juego algunos elementos que atañen directamente a la seguridad de los habitantes de nuestra ciudad. La historia es la siguiente: Hace menos de un mes, una señora fue víctima de un robo en plena Plaza San Martín. Un ladrón le sustrajo del automóvil, por medio de un hábil ardid de índole profesional, su cartera, que contenía dinero y documentos personales. Dos días después era llamada por teléfono por una voz anónima. El desconocido le ofreció entregarle su brevete de rodaje —robado en el bolso— por una cantidad de dinero, para lo cual la citaba en un punto céntrico de Lima. Como es natural, la señora y su esposo aceptaron la operación, pero recurrieron, tal como era su derecho y deber, a la policía. En el instante de la entrevista, un investigador apresó al delincuente.

Ahí no quedó, sin embargo, la cosa. El mismo día en que fue detenido el chantajista, la señora recibió otra llamada telefónica. El tono del interlocutor había cambiado. Esta vez dijo, más o menos, lo siguiente: "Usted nos ha traicionado. Conocemos su casa y si no ordena que pongan inmediatamente en libertad a nuestro compañero la vida de sus hijos corre peligro..." "La amenaza se repitió varias veces. La señora acudió a la Sexta Comisaría, en donde estaba sentada la denuncia, a reclamar tanto justicia cuanto protección. Ahí se enteró de que el preso —que negaba su delito y afirmaba haberse encontrado el documento en la calle— era protegido de un señor que, según la declaración del comisario, "era empleado del Senado". Se trataba de alguien que decía ser Secretario de una Senadora de la República. Tanto el robo como el chantaje estaban a punto, debido a esta influencia inaudita, de quedar impunes.

Afortunadamente, la víctima no se arrendó. Hizo la investigación personal necesaria en torno a ese "empleado del Senado" que tenía la fuerza necesaria para ablandar a la policía y concluyó, gracias a las informaciones de la propia Senadora, del cual el influyente se decía Secretario, que aquel individuo había dejado de desempeñar dicho cargo desde hacía cerca de un año. Puesto esto en conocimiento de la policía, el protector del chantajista declaró que él había sido quien se había encontrado casualmente el brevete y que, necesitado de dinero, había ideado esa ilícita forma de conseguirlo. Confesó, además, que era el autor de las amenazas telefónicas de muerte.

En ese término está actualmente el caso. Ha habido un robo, un chantaje y una amenaza de muerte. El asunto entra, por desidia o sabe Dios qué poderes debilitadores de la autoridad, en un punto muerto y corre el riesgo de ser archivado con la consiguiente libertad de los sospechosos. Sin embargo, es fácil deducir que el suceso no es único y casual, y que es un episodio de una serie. Conocido el relato, cabe preguntar: ¿Es posible que la policía se cruce de brazos ante el delito? ¿Estamos en la selva?